

YOLANDA SALAS*

LA GUERRA DE SÍMBOLOS Y ESPACIOS DE PODER

EL CASO VENEZUELA

EL PODER POLÍTICO no consiste exclusivamente en un conjunto de individuos que fundan y operan ciertas instituciones, que pregonan ideas y actúan en la esfera de lo público; también usan ellos un sistema de signos y emblemas para apelar y ganar simpatizantes para su causa, así como para hacer claramente visibles los principios que sustentan (Kertezer, 1988; Aghulhon, 1985).

Este trabajo se plantea, en consecuencia, indagar la carga emocional y los significados múltiples que rodean estos signos y emblemas, que hacen de ellos un sistema simbólico en el terreno de lo político, que no es, además, exclusivo de mentalidades arcaicas o tradicionales. En este sentido, es importante revisar la presunción que vincula el lenguaje simbólico principalmente con los hábitos mentales de las sociedades tradicionales y según la cual el lenguaje simbólico se hace menos efectivo y débil cuando la política es moderna, racional, secular y conducida por gobernantes y ciudadanos ilustrados, pues

* Yolanda Salas. Magíster en Literatura Latinoamericana, Universidad Simón Bolívar, Caracas. Estudios especializados en Folklore, Universidad de Indiana, Bloomington. Autora de *Bolívar y la historia en la conciencia popular; Ideología y lenguaje en la narrativa de la modernidad; el Cuento Folklórico en Venezuela*. Ex presidenta de la Fundación de Etnomusicología y Folklore, Consejo Nacional de Cultura (Venezuela). Miembro del equipo del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

es fundamental destacar que lo simbólico todavía figura de forma prominente en las luchas por el poder político (Aghulhon, 1985).

Igualmente, este trabajo se acerca al estudio de los símbolos de poder en el caso de la actual crisis venezolana, para entenderlos no simplemente como un conjunto de imágenes sino como un sistema simbólico que puede inclusive movilizar masas, conciencias, confrontaciones, violencia y guerras... Lo simbólico en este contexto se convierte en estrategias de lucha, marca territorios, e incluye o excluye sectores sociales. Los signos de la crisis en América Latina cada día se hacen más presentes en el espacio público, y la calle es el escenario de confrontaciones que van más allá de la protesta civil y política. En estas demostraciones públicas, las peticiones de derechos civiles y políticos dramatizan conflictos sociales, raciales y políticos donde gestos, discursos, signos y consignas revelan profundas heridas, mantenidas en la memoria cultural.

La protesta en la calle, la resistencia civil, las revueltas populares, no sólo reviven heridas, sino que dejan abiertos nuevos traumas, a la vez que se convierten en el reservorio de acciones que sirven de basamento para la construcción y reconstrucción de nuevas memorias sociales, que en el caso venezolano se dan en el contexto de dos grupos enfrentados, cada uno construyendo su épica en el espacio del conflicto y de la lucha por el poder; cada uno resignificando los símbolos nacionales en interpretaciones rivales, cada grupo definiendo lo nacional bajo conceptos antagónicos de soberanía, transformado, en consecuencia, el espacio público en una guerra de los símbolos, con la pretensión de imprimir huellas imborrables y de ir construyendo sus memorias en el tiempo presente.

En Venezuela, la apropiación del espacio público para realizar manifestaciones es el mecanismo más común de visibilizar las protestas de organizaciones civiles, movimientos sociales y partidos políticos, convirtiéndolo en el escenario de confrontación y lucha. Este estudio tiene como objetivo aproximarse a la dimensión cultural de la actual crisis política y de gobernabilidad del país, con el fin de explorar las fisuras y heridas gestadas en la construcción de una memoria cultural. Se ofrece una mirada reflexiva que pretende captar y explicar los relatos que sustentan memorias enfrentadas de cómo se han ido construyendo el odio, el miedo y el terror; de cómo se ha ido construyendo un sujeto “revolucionario bolivariano”, así como también una “ciudadanía” que desparrama por las calles sus demonios y recurre con frecuencia a un espíritu carnavalesco para, de alguna manera, poder transitar en un mundo al revés y caótico, que le permita lidiar con los efectos de un gobierno que se nombra revolucionario y ha venido construyendo una nueva subjetividad que se autodenomina “revolucionaria bolivariana”, para diferenciarse.

El trabajo se centrará especialmente en la disputa por la toma del espacio público, los enfrentamientos sangrientos ocurridos a partir de abril de 2002 y los discursos simbólicos contruados por dos bandos enfrentados: los seguidores del presidente Chávez que reciben el nombre de “oficialismo” o “chavismo”, y los de la “oposición” o “sociedad civil”, como mejor gusta denominarse a sí misma ese conglomerado de manifestantes que se vuelcan a las calles cada vez con más frecuencia y vehemencia y tienen como representación y voceros a la “Coordinadora Democrática”: una alianza que incluye a los partidos políticos que se oponen a Chávez, así como a un número considerable de organizaciones civiles, a la organización empresarial y a la confederación de trabajadores.

Para contextualizar el problema de la presente crisis venezolana en el marco de estudio que aquí se propone, se sintetizan algunos datos indispensables para su comprensión. El mito que postulaba a Venezuela como una de las democracias más estables de América Latina desde 1959 ha sido puesto en jaque repetidas veces desde los episodios acaecidos en febrero de 1989, conocidos como el “Caracazo”¹. A esta insurrección popular hay que sumarle los dos golpes militares (fallidos) de 1992, así como el alarmante número de homicidios que ocurren a lo largo del año, que en el 2002 alcanzaron los nueve mil, y en años anteriores los siete mil. En febrero de 1999, el teniente coronel Hugo Chávez Frías, cabeza de una de las asonadas golpistas realizadas en 1992, se juramenta como presidente de la república por un lapso de cinco años, después de haber ganado las elecciones con un respaldo mayoritario de los electores que acudieron al llamado de votación.

Durante su primer año de gobierno, Chávez convoca a un referéndum consultivo que le otorga poderes para llamar a una Asamblea Constituyente, y mediante otra consulta popular se aprueba la nueva Constitución de 1999. Acogiéndose a este nuevo marco constitucional, se consideró necesario reelegir el mandato del presidente, para lo cual se llamó nuevamente a elecciones en agosto de 2000. En este último contexto electoral le sale como adversario político a Chávez uno de sus ex compañeros de armas y golpe, Francisco Arias Cárdenas. Desavenencias políticas entre los dos habían empezado a hacerse públicas con anterioridad. Ambos contrincantes se lanzan a la palestra pública a disputarse la simpatía de los electores.

1 Se conoce como “El Caracazo” o “Sacudón” a las protestas populares violentas escenificadas en Caracas y otras ciudades principales de Venezuela los días 27 y 28 de febrero de 1989 como respuesta de repudio al programa de ajuste macroeconómico de corte neoliberal puesto en marcha por el recién electo presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez. Sobre el tema véase Yolanda Salas (1996), Fernando Coronil y Julie Skurski (1991), Margarita López Maya (2000).

LA MATANZA DE LAS GALLINAS

En mayo de 2000, cuando Venezuela se preparaba para lo que entonces se llamó las “megaelecciones”, porque se elegirían en una sola ronda los cargos de gobernadores, legisladores y autoridades locales, así como también el de presidente de la República, surge el reto del candidato opositor a Chávez, Francisco Arias Cárdenas, a un debate público televisado, el cual fue desestimado por el presidente en ejercicio. Salió entonces por las pantallas de televisión una famosa cuña en donde Arias Cárdenas, colocado frente a un *podium*, retaba a su adversario a presentarse al debate. A su lado se observaba otro *podium* coronado por una gallina que emblematicaba la cobardía del rival. La gallina, impávida, alegóricamente esperaba ser sustituida por el convocado. Como emblema que sustituía y a la vez descalificaba a Chávez, la gallina se convirtió en un signo de lucha política. El significado de cobardía señalaba no solamente al candidato presidencial que despreciaba presentarse al debate público, sino que la gallina también aludía a la cobardía que se le achacaba a Chávez por su actuación durante el fallido golpe del 4 de febrero de 1992.

La alusión alegórica de la gallina siguió tomando forma. Seguidores de Arias Cárdenas protestaron con gallinas en mano frente a la sede del Consejo Nacional Electoral, el 25 de mayo de 2000, para exigir la renuncia de la directiva de ese instituto electoral por su incapacidad de organizar las “megaelecciones” para el día previsto, así como por las denuncias que estaban circulando referidas al registro extemporáneo de candidatos respaldados por Chávez a los aproximadamente seis mil cargos públicos que se disputarían en los comicios. Seguidores de Chávez se enfrentaron al grupo opositor y degollaron varias de las gallinas que arrebataron de manos de los manifestantes. Metafóricamente se destruía el símbolo en negativo de Chávez. La guerra simbólica empezaba, a pesar de la protesta de grupos de defensores de los animales por la utilización de éstos con fines proselitistas. Resulta ingenua esta defensa de los derechos de los animales a la luz de los acontecimientos transcurridos desde entonces: total radicalización de la población y división de la misma en dos grupos enfrentados, más de 47 muertos en protestas y manifestaciones realizadas en la calle, un número considerablemente alto de heridos, violación de los derechos humanos y la propiedad privada, y amenaza a la libertad de expresión de los medios de comunicación.

Con gallinas y atracciones musicales, Arias Cárdenas cerró la campaña presidencial. Reporta una periodista de un diario de circulación nacional que “en el gentío sobresalían gallinas con la patas atadas, y algunas eran lanzadas al aire y atajadas de nuevo cual pelotas de fútbol...” (*El Universal*, 2000[a]).

De esta forma, bajo el uso alegórico de aves como consignas políticas para descalificar al adversario se cerró este ciclo electoral, protagonizado por dos ex golpistas enemistados. Chávez ganó las elecciones, las cuales lo facultaron para iniciar un nuevo período presidencial, pero esta vez por seis años, con derecho a reelección. La nueva Constitución había cambiado los términos del juego electoral a su favor, gracias a la mayoría aplastante que tenía en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente. Las cifras electorales le dieron siempre el triunfo. Sin embargo, un descontento quedó en las calles, buscando por un lado un líder, así como también formas de organización.

EL VERBO INCENDIARIO E IRREVERENTE DEL PRESIDENTE CHÁVEZ

Desde el comienzo de su primera campaña presidencial Chávez capitalizó la adhesión de un amplio número de simpatizantes, integrados por diversos sectores sociales. Bajo su figura se cobijó el descontento de una población que se sentía defraudada de la gestión pública de los partidos políticos tradicionales, incursos en un largo historial de corrupción. Con un estilo retador se juramentó como presidente de la República, colocando su mano sobre una “Constitución Moribunda”, como llamó al conjunto de normas que habían ordenado a la República desde 1961. El descontento generalizado de la población se había unido a la condena que Chávez realizaba en contra de los partidos políticos, los cuales, desacreditados y sin condiciones morales que los legitimaran, no podían funcionar como oposición. El verbo encendido de Chávez ofreció en sus mítines públicos acabar con la corrupción, llegando a usar imágenes verbales que prometían inclusive “freír en aceite caliente las cabezas de los líderes políticos y de los corruptos del pasado”. Con expresiones justicieras como ésta, que hacían figurarse al Otro como una suerte de personificación del mal a quien se le podía aplicar una pena de muerte olvidada, comienza Chávez a construir una inmensa muralla divisionista de la sociedad venezolana. Cada vez que recurría a este tipo de verbo exaltado, que buenos dividendos políticos le daba en cuanto a magnetizar seguidores, se estaba colocando otro ladrillo en ese muro divisorio. Poco a poco, casi nadie fue escapando del fuego: los empresarios, la confederación de trabajadores - que parcialmente se ha mantenido bajo la dirigencia de uno de los partidos tradicionales-, la iglesia, las diferentes “sociedades civiles” que surgieron como formas alternativas de organización a los partidos políticos.

Cualquier voz o grupo disidente se convertía en blanco de su verbo, al extremo de que “el lenguaje político se convirtió en enfrentamiento armado”,

como bien lo reporta Mireya Tabuas en un artículo publicado en un diario de circulación nacional. “Sólo faltan los fusiles, y aunque los haya, las palabras también son metrallass, armamento, soldados, crean batallas campales” (*El Nacional*, 2003[b]). El debate público llegó a tal extremo que una buena parte de los venezolanos se sintió en medio de una suerte de guerra durante el paro más largo de la historia venezolana, realizado en los meses de diciembre de 2002 a febrero de 2003.

Partiendo del principio de que el lenguaje es una práctica social que construye y destruye realidades, y éstas a su vez construyen y destruyen discursos, el lenguaje político en la Venezuela actual es analizado por un grupo de especialistas para concluir, entre otras cosas, que aunque “los dos grupos en disputa, gobierno y oposición, están bien diferenciados en su conducta política, se encuentran muy cercanos en las formas discursivas que los caracterizan (...) La lucha por mantener o asumir el poder ha ocasionado que en ambos grupos prive la insensatez ante la sindéresis. Cuando emiten discursos, ninguno piensa realmente en el efecto negativo que pueda tener sobre los destinatarios” (*El Nacional*, 2003[b]).

LA “MASACRE” DEL 11 DE ABRIL DE 2002

La “masacre”, como la denomina la oposición, ocurre cuando una de las marchas más multitudinarias realizadas por la oposición se dirigía hacia el Palacio Presidencial de Miraflores con la intención de solicitar la renuncia al Presidente. Posteriormente salieron por la televisión las imágenes que recorrieron todo el mundo, donde se delataba a simpatizantes del gobierno disparando supuestamente contra los manifestantes para disuadirlos y forzar su retroceso.

Aquí comienza la disputa por la verdad y la construcción que cada bando hace de su verdad o narrativa propia. El oficialismo asegura que se estaban defendiendo de los disparos que francotiradores y la Policía Metropolitana hacían contra ellos y que, en todo caso, son ellos héroes defensores de la revolución. Los testimonios de los manifestantes testigos se confunden entre el fuego cruzado de balas y disparos que veían a su alrededor. Ambos bandos acusan tener muertos de lado y lado. La Comisión de la Verdad para esclarecer los sucesos nunca logró instalarse en la Asamblea Nacional. Lo cierto es que los voceros del oficialismo que defendieron sus grupos de choque disparando sus armas y los elevaron al plano de héroes de la revolución, le dieron beligerancia al conflicto y ratificaron el principio de las territorialidades del

poder político. La trasgresión de estas territorialidades por parte de la oposición ha dejado sangre como saldo.

La masa de manifestantes de la oposición que marchaba, aunque poseídos de un odio fervoroso por sacar a Chávez del gobierno, ciertamente llevaba consigo tan sólo sus consignas, pitos, banderas y cacerolas, y también vinagre y pañuelos para sobrevivir al uso abusivo de gases lacrimógenos lanzados por la fuerza pública. Otra cosa pueden ser las componendas que grupos de poder por encima de ellos hubiesen podido maquinarse y diseñar como estrategias de guerra sucia. Al respecto, sólo quedan las acusaciones verbales del gobierno, pues todavía no ha demostrado evidencias de unos francotiradores colocados por la oposición para ocasionar la masacre, lo cual supuestamente formaba parte de su estrategia golpista y desestabilizadora. Mientras tanto, cada bando construye su épica y su relato confrontado: “terrorismo de Estado” ejercido desde el gobierno versus oposición “golpista y terrorista”.

Al año de los sucesos del 11 de abril de 2002 y los días que siguieron, ambos grupos realizaron sus respectivas conmemoraciones. Seguidores de Chávez se sumaron a los actos programados por el oficialismo en el marco del Encuentro Internacional en Solidaridad con la Revolución, en cuyo contexto se exaltó el retorno de la democracia a Venezuela y el haber retomado el hilo constitucional que había sido roto, “gracias al poder popular”. En el encuentro se hizo explícita una postura anti-neoliberal, anti-globalizadora y de confrontación al poder hegemónico de los Estados Unidos, junto a un llamado de integración latinoamericana, que hacía visible una consigna que los seguidores de Chávez venía voceando en sus marchas: “¡Alerta!, ¡Alerta! ¡Alerta que camina! La espada de Bolívar por América Latina”.

Por otro lado, algunos miembros del grupo opositor al gobierno de Chávez ocuparon una importante vía pública para dramatizar escenas alusivas a las muertes ocurridas un año antes con el lema de “No olvidar a un año de impunidad”, y calificaron su multitudinaria marcha hacia el palacio de gobierno, macabramente frustrada, como “una rebelión ciudadana contra la autocracia y la mentira”. Las primeras páginas de dos importantes periódicos de circulación nacional muestran cuerpos simulando cadáveres, cubiertos con la bandera nacional y una inmensa cruz de madera (*El Nacional*, 2003[d]; *El Universal*, 2003[d]).

Al año de los sucesos, ambos lados relataron sus particulares versiones de los hechos. La del oficialismo, con un hilo narrativo de principio a fin, mientras que la narrativa de la oposición todavía luce fragmentaria, con vacíos e incógnitas por despejar, con frustraciones que buscan salidas a lo que perciben como una crisis política no resuelta.

En consecuencia, para el grupo opositor el pasado es un presente no resuelto que crea un horizonte de expectativas. Por otro lado, representa una gesta heroica nacional que debe incluirlos a ellos también, por lo que la apropiación que hace de símbolos emblemáticos como la bandera se ubica en el lado de la resistencia².

Para los seguidores del liderazgo chavista, el pasado, en particular la gesta independentista con Simón Bolívar como figura paradigmática, modela el ideario bolivariano en forma de revolución, que representa una particular resignificación del culto a Bolívar, creado en el seno de la nación a lo largo de una historia republicana³. Se trata ahora de concluir el proyecto truncado que Bolívar no pudo llevar a cabo porque la “oligarquía” de entonces se lo impidió. También el pasado para este sector significa el reavivamiento de las luchas sociales de los años sesenta ocurridas en América Latina, que habían quedado sumergidas en la nostalgia y en el proyecto frustrado. La unión de estas dos temporalidades (la de la gesta independentista y la de las luchas de los años sesenta) localizadas ahora en el espacio de la reivindicación social de los desposeídos, con la motivación, además, de concluir esos dos proyectos inconclusos, permite la reinterpretación y resignificación del pasado. Se trata de una memoria que se construye en la utopía y el mito, lugares donde asienta su proyecto de futuro⁴.

A los “revolucionarios” se les oponen los “contrarrevolucionarios”, según la percepción de algunos chavistas. De esta forma de clasificarse se desprende una concesión beligerante que algunos seguidores del movimiento oficialista le otorgan a un grupo de correligionarios, quienes como grupos de choque para-civiles, armados, han sido retratados accionando sus armas en “defensa de la revolución”. La sentencia judicial que posteriormente absolvió de culpa a los “pistoleros de Puente Llaguno” -así llamados por la prensa quienes fueron videograbados disparando el 11 de abril- ubica con mayor certeza la confrontación política del país en un plano que rebasa lo judicial. No en vano el presidente Chávez, en alocución pública televisada, celebró la absolución de estas “víctimas de la furia mediática” a quienes les envió un saludo revolucionario bajo la premisa de que “la verdad es que estos cuatro compatriotas tuvieron el coraje de enfrentar con sus armas de corto alcance a terroristas y francotiradores vestidos de policías, que disparaban con armas de gue-

2 Aquí se presenta un interesante ejemplo de las complejidades de la memoria en el mundo contemporáneo, tema tratado extensamente por Elizabeth Jelin (2002).

3 Sobre el culto a Bolívar tanto oficial como popular véase Carrera Damas (1973), Salas (1987).

4 Una visión mitificada de la guerrilla de los años sesenta presente en el imaginario religioso ha sido señalada en otro trabajo. Véase Salas (1998).

rra sobre miles de compatriotas indefensos sobre el puente, bajo el puente (sic) durante la tarde el 11 de abril de 2002. A ellos, el honor que merecen y el reconocimiento de nuestro pueblo, y nos alegramos muchísimo de que hayan vuelto a casa” (*El Universal*, 2003[e]). Es importante resaltar el uso de “sobre el puente” y “bajo el puente”, pues a medida que se han ido consolidando los discursos de defensa y acusaciones, para los “chavistas defensores de la revolución” es importante señalar que debajo del puente había gente de su propio bando que estaban siendo atacados por la policía metropolitana, identificada -según ellos- con la oposición. De esta forma se justifica la conducta defensiva de los llamados “pistoleros del puente Llaguno”, que estaban ubicados estratégicamente sobre el puente defendiéndose tanto a sí mismos como a sus compañeros de bando.

Para los voceros de la oposición esta absolución tiene visos de un juicio político, pues al ser exculpados los enjuiciados bajo el dictamen de que actuaron en defensa propia, quedan entonces bajo amenaza de encarcelamiento los funcionarios policiales que, según la perspectiva opositora, “pretendían establecer el orden público” e impedir que fuera masacrada la marcha. Voceros expertos en asuntos criminalísticos, vinculados con la policía acusada, argumentan lo insólito de la decisión judicial sobre la base de que “¿cómo se puede esgrimir legítima defensa si eso no existe contra la autoridad y mucho menos cuando los agentes metropolitanos contra quien dispararon estaban uniformados?” (*El Universal*, 2003[f]). Otros argumentos esgrimidos en programas de opinión puntualizan que estos “pistoleros” que se asomaban al puente y disparaban, para luego esconderse tras una pared y cargar sus caserinas, no estaban actuando en defensa propia, pues se encontraban protegidos por ese mismo muro.

En medio de esta guerra de argumentos y contra-argumentos, cada bando va construyendo su verdad, su épica y su propia memoria, en la cual la ley pareciera ser insuficiente y los derechos humanos pierden su espesor en el terreno de la confrontación política, con derecho a matar. Son 19 muertos y más de 150 heridos como resultado del enfrentamiento. La posible presencia de supuestos francotiradores es lo que mayor escozor causa, pues el anonimato y la guerra de información que se maneja sobre su procedencia permiten a la oposición acusar al gobierno de genocidio, y al gobierno señalar a la oposición de “golpista terrorista” y de haber puesto a sus mercenarios en posiciones aventajadas para causar una masacre y consecuentemente facilitar la petición de renuncia a Chávez. La masa opositora que marchaba, por su parte, se percibe víctima de una emboscada protagonizada por los círculos del terror revolucionarios.

UNA DEMOCRACIA SOSPECHOSA

Como consecuencia de los hechos de sangre del 11 de abril, un grupo de altos oficiales del ejército le pide la renuncia a Chávez por considerarlo responsable de los mismos. El desenlace de este episodio ha sido bien relatado por la prensa internacional. Carmona, un líder empresarial, asume la presidencia, decreta la disolución de la Asamblea Nacional y de los poderes públicos, e invalida el mandato de los gobernadores elegidos. Hay algo que sorprende si repasamos las imágenes que reseñaron el acto de esta toma de posesión presidencial. Ante esta declaratoria de depuración arbitraria de los poderes existentes, la audiencia que acompañaba a Carmona en el acto celebró entusiastamente el decreto con aplausos y el grito de ¡democracia! Por otro lado, el gobierno depuesto y repuesto de Chávez acusa a sus adversarios de haber tratado de romper el hilo democrático. Esta percepción antagónica sobre la noción y el ejercicio de la democracia que tienen ambos grupos refleja que el concepto no está funcionando como elemento de cohesión de la nación. Se trata de una percepción de “democracia fracturada” que adolece de la patología de negar al Otro.

La creación de una Comisión de la Verdad se ha visto imposibilitada hasta ahora. Lo cierto es que una intensa contienda pervive después de dos años de haber ocurrido los sucesos de abril de 2002 que ensangrentaron las calles de Caracas, profundizando las heridas que hasta ese momento habían podido contener la hemorragia de una ira humana, que ha acumulado el resentimiento de un sector social excluido por décadas frente a la soberbia de otro sector social insensible e ignorante de las penurias del excluido, aunados al afán de conservar el poder por parte de unos y de recuperarlo a ultranza por parte de otros. Todo ello coronado por una conducta intolerante de ambos lados, la cual no da cabida a la convivencia pacífica, debido a la confrontación de dos visiones políticas y dos proyectos antagónicos de nación. Uno que se llama “revolucionario bolivariano”, y otro que adversa esta revolución, que cada vez apela con más fuerza a imágenes, emociones y hechos concretos que la vinculan con el proyecto cubano. El proyecto revolucionario impone un cambio de percepción de subjetividad en cuanto a una transformación del sujeto en revolucionario bolivariano.

Se incurriría en un banal esencialismo al reducir la crisis política del país a un simple asunto de confrontación racial y de clases como han pretendido algunos observadores. Chávez asciende al poder con una alta popularidad y con el respaldo de una mayoría significativa de electores, compuestos por votantes de todos los sectores sociales, la gran mayoría de ellos desilusionados

de los partidos políticos que se desintegraban en el cultivo alegre de la corrupción y habían logrado mantenerse gobernando mediante la represión que el ejercicio democrático del poder les confería, acallando una disidencia que nunca dejó de existir pese a la pacificación ocurrida a finales de los años sesenta, cuando la guerrilla depuso las armas y se incorporó a la nación. Desde entonces comenzó a gestarse lo que algunos militantes de la izquierda han llamado la guerra larga, que se imponía como estrategia la captación o inserción de cuadros revolucionarios en las Fuerzas Armadas (Garrido, 2000: 5, 123)⁵

LOS DISCURSOS ESPECULARES

El fallido golpe de estado del 4 de febrero de 1992 liderado por Chávez, y el del 27 de noviembre del mismo año, que en términos estrictos fueron dos insurrecciones militares pues no hubo toma del poder, contaban con el respaldo de documentos elaborados por los rebeldes mismos, donde se leen acusaciones que éstos hacen en contra de los gobiernos que se turnaban el poder. Les reprochaban ser los actores de golpes de estado, en cuanto arremetían contra la libertad de expresión. Resulta interesante revisar el cúmulo de acusaciones y denuncias hechas ya sea por Hugo Chávez o por algunos de sus compañeros de rebelión militar, publicadas en el conjunto de testimonios y documentos editados en la *Historia Secreta de la Revolución Bolivariana* (Garrido, 2000)⁶. Los reclamos que allí aparecen fueron las causas que los impulsaron a levantarse en armas en contra del gobierno de Carlos Andrés Pérez. Paradójicamente, todas estas demandas son semejantes a las acusaciones que ahora acuña la oposición que confronta al gobierno cívico-militar de

5 De esta idea surge, hacia 1977, la consolidación en la clandestinidad del Frente Militar de Carrera, con un ideario que proponía una ruptura parcial con el marxismo-leninismo, para tomar en su lugar las ideas fundamentales de Bolívar (Patria Grande Latinoamericana, Tercer Ejército y lucha contra la corrupción); de Simón Rodríguez, uno de los maestros de Simón Bolívar, con su premisa de “inventar o errar”, con la cual se exaltan los poderes creadores del pueblo; de Zamora, un caudillo defensor de las causas populares del siglo XIX que lideró la Guerra Federal, cuyas banderas lideraron una lucha contra la oligarquía y proponía una suerte de democracia directa o pueblo decidiendo en la plaza. Estos tres personajes, con sus consignas adjudicadas, integran “el árbol de las tres raíces” propuesto por el liderazgo de Chávez y sus compañeros de armas, como sustento ideológico primero del Movimiento Revolucionario Bolívar 200, fundado cuando eran militares activos en 1983, y posteriormente de su revolución bolivariana (Garrido, 2000: 5, 58, 123).

6 Este autor desarrolla la hipótesis de trabajo de que el movimiento conspirativo que culminó con las rebeliones militares del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1999 tuvo su origen en la estrategia insurreccional cívico-militar-religiosa diseñada por Douglas Bravo y sus guerrilleros del Partido de la Revolución Venezolana (PRV). En esa línea de pensamiento, lo que se llamó El Frente Militar de Carrera fue la semilla del Movimiento Bolivariano 200 y de otros movimientos clandestinos que surgieron en las Fuerzas Armadas Nacionales en las décadas de los setenta y ochenta.

Hugo Chávez Frías, a modo de reflejos especulares. Denunciaba Chávez en sus tiempos de rebelde: “cuando el Gobierno arremete contra la libertad de expresión, cerrando emisoras, allanando revistas y periódicos, asesinando periodistas, censurando los medios y, más recientemente utilizando la cúpula militar para amenazar y disuadir a los comunicadores sociales, ¿no estamos ante la presencia de un golpe de Estado”.

En un documento preparado por el Movimiento Revolucionario Bolivariano 200 donde se exponen las causas que movían al grupo de militares insurgentes a alistarse en la rebelión militar de 1992, se tilda de tiranía a la democracia gestada durante cuarenta años de partidocracia, en cuanto representa una degeneración política de los partidos, caracterizados por el ejercicio personal del poder, en provecho propio y perjuicio de los opositores. Acusa al gobierno de Carlos Andrés Pérez de corrupto, de atentar contra la soberanía, de no velar por el bienestar colectivo al permitir “que los habitantes del país sean habitualmente ejecutados por el hampa todos los fines de semana”, de incitar al asesinato al señalar a uno de los tenientes rebeldes de “delincuente militar que muy pronto desaparecerá”. Se hace allí igualmente un llamado a la desobediencia civil, se le exige la renuncia al presidente Pérez, y se pide la convocatoria a un Referéndum Nacional para revocar el mandato a todo el poder hasta entonces constituido, incluyendo el del Congreso Nacional, la Corte Suprema de Justicia y el Consejo Supremo Electoral, con el fin de devolverle la soberanía al pueblo venezolano, pues consideraba que no existía independencia entre los poderes legislativos, ejecutivos y de justicia (Garrido 2000: 158-173).

La renovación del poder constituido se dio efectivamente, no por la vía del golpe militar sino por la vía democrática diez años más tarde. Una vez investido como presidente, Chávez llamó a un referéndum que avalara un proceso constituyente. Con el respaldo de una mayoría logró todos sus objetivos. Ha sido la hegemonía de ese respaldo aplastante lo que ha ido propiciando el fortalecimiento de la oposición, así como su crecimiento, al sumársele votos y grupos que se han ido desprendiendo del oficialismo chavista, a medida que éste inició su proceso de radicalización.

A partir de entonces, arrecian en el discurso de la oposición a Chávez las mismas acusaciones especulares que los militares insurgentes del ‘92 le hicieron al gobierno de turno: incitación al delito, tiranía, secuestro de los poderes públicos, amenazas contra la libertad de expresión y los medios de comunicación, incremento notorio en los porcentajes de la criminalidad y número de homicidios, particularmente los ocurridos durante los fines de semana. Como un mensaje que llama a la “incitación al delito”, señala la oposición,

fue el enunciado por el presidente Chávez, en una alocución pública dirigida a los soldados del ejército, en el cual expuso la disyuntiva a la que se vería sometido el soldado venezolano “de tener que apuntar al corazón de la oligarquía golpista y no al pueblo”. Con este mensaje intentaba Chávez disuadir al actual Consejo Nacional Electoral de no aceptar las firmas recolectadas por la oposición el dos de febrero de 2002 para ejercer su derecho de solicitar la realización de un referéndum revocatorio de su mandato, tal como lo estipula el artículo 72 de la constitución vigente, una vez transcurrida la mitad del período para el cual fue elegido.

Dejando de lado los argumentos leguleyos a los cuales apelaron ambos bandos para afirmar la legitimidad o ilegitimidad de estas firmas, es importante señalar que el mandatario apeló constantemente al apego a la constitución y a solicitar un referéndum revocatorio de su mandato en el momento oportuno, como vía democrática para resolver la crisis política y de gobernabilidad por la que atravesaba su gobierno, agudizada particularmente a finales del año 2002, con el paro cívico nacional, convocado en primera instancia para solicitar una salida refrendaria anticipada o la renuncia del presidente. Esta protesta civil realizada por una oposición desesperada se transformó en coercitiva en su búsqueda de conseguir “la fórmula para salir de Chávez” o “salir de la crisis”, como ha sido una de las expresiones verbales usadas. La palabra “crisis” se convierte en este contexto en metáfora que encubre democráticamente la personalización de una obsesión, creyendo que con la simple salida de Chávez el país podrá también “salir de esa pesadilla” en la que se encuentra sumido.

Crisis, pesadilla y Chávez se imantan del mismo significado, lo cual permite visualizar o imaginar la renuncia o salida de la cabeza que lidera el poder como una solución que reestablecerá un orden que el tiempo virtual y la realidad onírica de la pesadilla habían quebrantado. Una vez suspendida la realidad onírica de la “pesadilla”, el país volvería a su curso normal, para “construir el país que soñamos”, es decir, para entrar en otra realidad y tiempo oníricos.

La idea de desobediencia civil tuvo su período de gestación y reforzamiento, y de su promoción se encargó una de las plantas privadas de televisión, Globovisión, la cual a principios del mes de octubre transmitió una serie de documentales sobre la desobediencia civil y la resistencia pasiva en el mundo (*El Nacional*, 2002[a]). Pero la respuesta que obtuvieron fue otra: al paro cívico nacional de dos meses de duración se le opuso la férrea resistencia del oficialismo, que lo tildó de “golpismo desestabilizador”, que colocó la confrontación nuevamente en la esfera de lo bélico, tal como lo expresó

Chávez en un mensaje enviado por video a los presidentes del MERCOSUR reunidos en Brasilia excusándose por su ausencia: “Ustedes saben que en Venezuela estamos librando una nueva batalla en defensa de nuestra Constitución, la más legítima que el pueblo venezolano ha tenido en su historia”. En ese mismo mensaje instó a “seguir luchando por cambiar los modelos económicos” y a desprenderse “en forma progresiva del capitalismo salvaje” (*El Nacional* 2002[a]).

Hacemos un alto para llamar a la reflexión sobre este reflejo especular y mimetismo en el discurso y las acciones de ambos bandos. Si la anulación del Otro conduce a la violencia, ¿cuál es la salida pacífica y democrática del país si la población se encuentra escindida bajo discursos y comportamientos miméticos. Uno es la copia del Otro, ambos coinciden en la semejanza de la exclusión y el (no)reconocimiento, ambos apelan a distintas formas de violencia bajo el razonamiento de defensa de la democracia.

En medio de esta guerra de información y desinformación, de verdades que atacan y verdades que contraatacan, se encuentra el ciudadano de a pie, casi incapacitado de construir su verdad a menos que se apegue devotamente a la narración de una de las partes. Se trata pues de una población aterrada y debilitada por un exceso de información, que se enuncia en un campo de batalla y se mueve con las estrategias de la confrontación.

EL LIDERAZGO MESIÁNICO

En otros trabajos he tratado el culto popular alrededor de Simón Bolívar y el espíritu mesiánico al cual apela Hugo Chávez como estrategia de movilización de masas y colectivos (Salas, 1987: 82-92; 2001: 201-221). Interesa destacar en esta oportunidad ciertos gestos, expresiones verbales y uso de imágenes a las que recurre para reforzar su bolivarismo como un asunto de fe patriótica que se impregna de lo sagrado. En sus alocuciones televisadas, frecuentemente transmitidas en cadena obligada e impuesta a las estaciones de radio y plantas de televisión, Chávez constantemente apela a la constitución elaborada bajo su mirada vigilante y estricta supervisión, y para hacerla visible y efectiva enseña un pequeño librito azul que la contiene y guarda en uno de los bolsillos de su camisa o saco. En el otro bolsillo guarda la imagen de un Cristo crucificado, y el gesto se ritualiza cuando saca los dos a la vez. De esta forma, la constitución se impregna de lo sagrado y se postula como un elemento de fe, que refuerza con las fórmulas verbales como “Cristo es mi comandante. A él obedezco. La voz del pueblo es la voz de Dios”. Con enun-

ciados formulaicos así de simples pero de gran impacto, Chávez se ofrece como el elegido divino de una causa sagrada, de la cual él es tan sólo el protagonista que la lidera. Las leyes y el conjunto de normas que deben regir y ordenar lo público y el espacio de lo civil se confunden, de esta forma, con el dogma religioso, y con ello se pretende fomentar una actitud devota de corte fundamentalista hacia el librito azul, suerte de Biblia religiosa patriótica.

La gran paradoja es que, detrás de esta actitud religiosa y ritualizada hacia la constitución, a Chávez se le acusa de haberla violado decenas de veces, al extremo de que en una de sus largas alocuciones arengó a los jefes de los comandos militares a desconocer las decisiones del Tribunal Supremo de Justicia, en una ocasión que éste falló de forma adversa a las expectativas del presidente Chávez. El uso ritualizado de la dualidad Constitución y Cristo tiene como objeto transformar lo político en religioso. Detrás de la legitimidad que le confiere lo sagrado se oculta la profanación y el quebrantamiento de la norma, y el librito azul de la Constitución se convierte en fetiche que respalda un gobierno de corte populista, que lleva como ideario y lema la instauración de una revolución por la vía pacífica y democrática. Democracia y paz se convierten igualmente en nociones sospechosas que no se avienen con el clima de confrontación existente.

Fortificar a los sectores populares y organizarlos en redes de autogestión y de apoyo a la revolución ha sido la tarea acuciante del gobierno. Lamentablemente, en el desmontaje de las estructuras existentes, la corrupción se ha incrementado notoriamente. La lucha contra “ese terrible flagelo” fue uno de los lemas que caracterizó a la campaña electoral de Chávez. Sin embargo, el tópico ha dejado ya de ser tema de discusión de los gobernantes. El Contralor General de la república es el personaje menos relevante de todo el proceso, casi invisible. Mientras tanto, arrecian las acusaciones de la oposición, sacando a la luz pruebas de enormes desfalcos al erario público.

En otras oportunidades he tratado algunos aspectos que tipifican el mesianismo que se estaba configurando en Venezuela. Parafraseando a Laplantine, un estudioso de estos fenómenos, señalaba que el mesianismo mantiene un diálogo patético con la historia y con lo sagrado, y ese diálogo suele tornarse patológico cuando la esperanza mesiánica está signada por los procesos de “proyección” y “escisión”. Es decir, no hay términos medios entre los elegidos y los damnificados, entre los buenos y los malos, los defensores del género humano y sus adversarios, creándose así un sociocentrismo, como efectivamente sucede con el verbo y discurso provocador e incendiario de Chávez, que divide a la sociedad en las dicotomías “oligarcas” y “pueblo soberano”, “corruptos” y “bolivarianos”, “patriotas” y “traidores”, “golpistas-terroristas” y

“chavistas”, entre otros. Este carácter disfuncional y autodestructor del fenómeno, según Laplantine, constituye a escala colectiva estadios de negación de una cultura y la aniquilación de lo que se posee. En este sentido, los mesianismos del fracaso, como los llama, son suicidas (Salas, 2001: 210; Laplantine, 1977: 204).

LAS CALLES HABLAN: PITOS, BANDERAS Y CACEROLAS EN MANOS DE LA SOCIEDAD CIVIL

Cabe aquí destacar primero las relaciones transnacionales y sus influencias en las representaciones que la idea de sociedad civil ha ido tomando a partir del fin de la Guerra Fría. Al respecto, señala Daniel Mato que la noción de sociedad civil y sus diferentes representaciones sociales comienzan a prosperar en Latinoamérica en el seno de un número creciente de organizaciones, que de forma paulatina se fueron vinculando transnacionalmente entre sí y con actores globales tales como el BID, el Banco Mundial, el PNUD, la Fundación Friedrich Ebert de Alemania y varias instituciones de EE.UU., entre otras, que apoyaban programas de fortalecimiento de la sociedad civil que propiciaron la creación de redes y espacios de intercambio donde la noción de sociedad civil fue consolidando sus formas de representación, asociadas principalmente con los imaginarios de democracia. Precizando este proceso en Venezuela, Mato señala que en este país es una expresión que se revitaliza y resignifica como parte del vocabulario público en la década del noventa, cuando el término “sociedad civil” comienza a sustituir al de “organizaciones no gubernamentales”. La noción de sociedad civil, de esta manera, fortifica su presencia e influye en las agendas o prácticas de un número significativo de grupos locales. Mato desarrolla su propuesta de cómo en la actualidad las nociones de “identidad” y “sociedad civil” producen sus representaciones sociales no sólo en los contextos locales de los países, sino también en conexión con redes transnacionales a través de las cuales los actores locales se vinculan con actores globales. En el marco de estos contextos de intercambio, los actores locales adoptan, reinterpretan, se apropian, resignifican y negocian estas representaciones sociales. En algunos casos ocurren apropiaciones creativas; en otros, el rechazo o resistencia a las mismas (Mato, 2001: 24, 145-147).

El actual conflicto venezolano debe entenderse en el marco de transformaciones sociales en tiempos de globalización, en los cuales, si por un lado surge una revitalización de la “sociedad civil”, también las acusaciones de “terrorismo” y lucha en su contra enunciadas por el presidente Bush a raíz de los suce-

sos del 11 de septiembre son apropiadas, en contextos diferentes, paradójicamente para condenar las acciones de protesta y desobediencia civil protagonizadas por el grupo que en Venezuela se autodenominó sociedad civil.

El descontento de los sectores medios y altos en Venezuela comenzó a tomar forma poco a poco. Empezaron a manifestarse en pequeños grupos convocados para demandar reformas en el proyecto de ley educativa, ya que, según su punto de vista, el propuesto por el gobierno atentaba contra la educación privada y las libertades que usualmente ese sistema les confiere. Se reclamaba, además, que había sido redactado sin consultar a la asociación que los representaba. Se trataba de protestas muy puntuales, realizadas en la zona este de Caracas, tenida como residencial y poblada por los sectores favorecidos económicamente. A medida que el descontento generalizado creció, surgieron nuevas asociaciones civiles que se unieron a las tradicionales. La noción de “sociedad civil” vinculada con las protestas anti Chávez empezó a tener presencia y voz en los programas de radio y televisión.

El 23 de enero de 2002 se realizó la primera gran marcha multitudinaria organizada por los partidos políticos tradicionales y asociaciones civiles de la oposición. La convocatoria tuvo una masiva respuesta que sorprendió al oficialismo, acostumbrado a tener el monopolio de las calles con sus manifestaciones populares. Ese día, las calles de Caracas comenzaron a hablar de una forma diferente. La gente marchaba caceroleando y portando consignas que pedían respeto a la libertad de medios, a la libertad sindical. También pedían la renuncia a Chávez. “Fuera el loco y su atajo de incapaces” fue una de las consignas vociferadas. El tema de la locura⁷ empezaba a aflorar públicamente, y la amenaza de o miedo a una cubanización del país se hacían visibles en las pancartas cargadas por los marchistas. “Chávez vete ya” era otro llamado que traslucía una irritación notable, que buscaba una forma de expresión diferente a las rutinarias tertulias entre amigos, las cuales ya empezaban a confirmar una obsesión por el tema. Chávez era asunto obligado de una conversación que reflejaba gran desesperación.

Las calles se convirtieron en un lugar para medir fuerzas. Las marchas de la oposición poco a poco se fueron revistiendo de signos: unos que le daban identidad grupal por un lado, y otros que las ataban a la nación. El uso del color negro en la ropa era una forma de simbolizar que el país estaba de luto. Y la palabra “escuálido”, usada alguna vez por Chávez para nombrar la poca fuerza de su grupo opositor, comenzó a llevarse como distintivo de fuerza y presencia. La bandera de Venezuela empezó a tener gran visibilidad en manos de la oposición: era un signo de venezolanidad y de resistencia. A tal extremo que, en esta guerra de símbolos, la bandera nacional es distintivo del grupo

opositor, mientras que el color rojo y las banderas de ese color son los portestandartes del oficialismo para denotar un carácter revolucionario. En otras palabras, el oficialismo se hizo revolucionario, y la oposición nacionalista. La oposición le había robado el símbolo de nacionalidad al oficialismo con esa mudanza de la bandera.

Marchando por las calles de Caracas en protesta, yendo de un extremo a otro de la ciudad, pisando nuevas rutas, unas que resultaban pacíficas, y otras tormentosas por los enfrentamientos con grupos de choque paramilitarios armados, aspirando gases lacrimógenos, retando a las fuerzas del orden público, regando sangre de algunos caídos, la oposición ha ido construyendo una ciudadanía peregrina, que camina y marcha sin descansar, con un solo pensamiento en la mente: “¡Fuera. Fuera. Chávez vete ya!”. Marcha la familia completa: abuelos, hijos, niños; inclusive algunos no dejan sus mascotas atrás. Y la bandera tricolor ya se hizo vestido, sombrero, bolso, camisa. Son cuerpos que se visten de nación, que cubren sus cabezas de nación, que caminan ondeando incansablemente la bandera, pidiéndole a Chávez que se vaya, porque quieren un país en paz y unido. Pero una paz que se vislumbra inalcanzable porque cada grupo se percibe solamente a sí mismo y no reconoce las diferencias del Otro. Cada bando quiere el país a su manera: con Chávez o sin él.

REVOLUCIÓN BOLIVARIANA VERSUS PARO CÍVICO NACIONAL

¿En qué consiste el devenir del proyecto revolucionario del gobierno de Chávez? Su simbología roja es revolucionaria, su verbo cada vez es más vehemente y dirigido contra una supuesta “oligarquía terrorista y desestabilizadora”, sus afectos por Cuba son cada vez más visibles, lo político se militariza en una alianza “cívico-militar” que reivindica a los sectores excluidos. La oposición es reducida por el oficialismo a “oligarquía”, lo cual hace invisible una realidad más compleja. Con la palabra y con el acto de negación descalifica y reduce a la nada una presencia masiva, multitudinaria, de un descontento que caminó por las calles manifestando en su contra. ¿Pero cómo puede alguien imaginarse un país con una oligarquía tan numerosa? El verbo del presidente pretende mágicamente ocultar una realidad, para desconocerla, y finalmente nombrarla de una forma especial para aprovisionarse de las razones que le permitan atacarla. “Paro terrorista” llamó el oficialismo al “paro

7 A las consignas vociferadas por la oposición que señalaban al presidente como “Chávez loco”, no tardó en surgir de boca de sus seguidores el “Chávez los tiene locos”. Así se ha ido impregnando la atmósfera política de un enrarecido aire de locura que tiene poseídos a la población y al país.

cívico”. Por otro lado, una oposición poseída por un profundo rechazo hacia un líder popular y populista cae también en el campo de los simplismos, y sus argumentos se hacen más emocionales que racionales, pues se sustentan más en el miedo profundo y culturalmente enraizado de terminar en un régimen “castrocomunista” que en un análisis estructural del contexto social y cultural que generó la crisis vigente. Ésta, no debemos ignorarlo, se gesta en el ejercicio de una democracia que en sus últimas dos décadas profundizó la desigualdad social y cultivó gozosamente la corrupción.

Sin embargo, más profundo es el desajuste y miedo que le ocasiona a la oposición encontrarse en un espacio público transgredido, en el cual los sectores sociales más desposeídos se han hecho visibles. La buhonería o economía informal ha proliferado y tomado avenidas que antes le estaban prohibidas. Gente perteneciente a los “grupos de choque” o “círculos del terror” rodea permanentemente los espacios del poder, como la Asamblea Nacional, para defender la revolución. Un nuevo poder político desplazó al anterior, y este desplazamiento ha traído consigo un reordenamiento de conceptos difícil de asimilar.

Después de un largo y devastador paro cívico nacional que duró más de 63 días, y el desastre económico que se visualiza como irreversible y agudiza la situación previa existente, cabe preguntarse si el país no protagonizó una suerte de suicidio colectivo. Ese mismo que se podía leer entre las líneas de la patología de un mesianismo del fracaso, basado en la exclusión/negación de uno de los lados. Ambos lados luchan tenaz y tercamente por su verdad. Ambos sumidos en un fenómeno colectivo de masas. La paradoja es que el acto suicida se realizó bajo la ilusión óptica de una acción salvacionista.

Este paro “cívico nacional,” iniciado en diciembre de 2002 y que se prolongó durante dos interminables meses, tenía como meta presionar en pos de la búsqueda de una salida electoral a la crisis de gobernabilidad del país, en la Mesa de Negociación y Acuerdos encabezada por César Gaviria, secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA). Una negociación que desde su inicio debió realizarse bajo la presión coercitiva de la convocatoria a una huelga general, encabezada por la dirección empresarial (FEDECAMARAS) en paradójica alianza con la confederación de trabajadores (CTV), a la cual se le unieron luego la industria petrolera y la marina mercante, encargada del transporte internacional de los productos petroleros. Como “antidemocrática” y de “propósitos sediciosos y golpistas” fue tildada esta acción por los voceros del gobierno, a la vez que hicieron un llamado a la oposición democrática de deslindarse de los sectores “golpistas, terroristas y antidemocráticos” que engrosaban sus filas (*El Universal*, 2002[b]). Este lla-

mado del gobierno, que entonces clasificó a la oposición en un sector democrático y otro golpista, creaba un espacio virtual para el diálogo.

La realidad en la calle, sin embargo, fue otra, pues un numeroso grupo de habitantes que se autodenominó “sociedad civil” para diferenciarse del otro sector, llamado “soberano”, “pueblo bolivariano” o “revolucionario” por su líder Hugo Chávez, se encontraba poseído por una emoción colectiva de masas, que pedía a voces la realización de un paro de mayor trascendencia que los realizados anteriormente y mostraba su disposición a “tomar definitivamente la calle” como medio de protesta. Estos actos, inscriptos en un llamado a la desobediencia civil, encontraban su amparo en un peculiar artículo introducido en la nueva Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, aprobada en un acto referendario en el año 2000. Se trata precisamente del Art. 350, según el cual “El pueblo de Venezuela, fiel a su tradición republicana, a su lucha por la independencia, la paz y la libertad, desconocerá cualquier régimen, legislación o autoridad, que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos”.

La protesta en la calle fue vista por el bando opositor como “la única salida que les quedaba a los venezolanos para forzar una salida electoral adelantada”. Para el bando oficialista la calle era más bien un lugar de poder, pero no para protestar sino para medir fuerzas. A una marcha convocada por la oposición le salía al paso la contramarcha de los seguidores del gobierno. La cuantificación de cuál de las marchas era más numerosa seguía de inmediato, y cada grupo se abrogaba la mayoría.

Es así como han entrado en (dis)funcionamiento dos lógicas de razonamiento encontradas, basadas en la exclusión del Otro y en la incapacidad del diálogo.

LA REVOLUCIÓN Y EL GOLPISMO MEDIÁTICOS

El verbo beligerante del presidente Chávez no ha dejado de disparar sus proyectiles contra los medios privados de comunicación impresos, radio y televisión, a quienes acusa de parcializados y “golpistas”, en especial por la conducta asumida durante el largo paro cívico nacional, aunque la acusación de oposición “golpista”, apoyada por medios “golpistas”, había comenzado antes a raíz de la multitudinaria marcha del 11 de abril de 2002, que culminó en un golpe y el efímero mandato del empresario Carmona. Los principales canales de la televisión se unieron al paro y se mantuvieron durante dos meses dedicados casi exclusivamente a transmitir imágenes referidas a las manifes-

taciones y actos de calle realizados en protesta, así como a entrevistar a voceros de la Coordinadora Democrática emitiendo sus opiniones, cálculos, acusaciones. Por la televisión se veían en vivo y directo las manifestaciones en la calle, tanto en sus momentos carnavalescos como en aquellos en los que imperó el terror y la confrontación. La plaza de Altamira, lugar declarado como zona liberada por un grupo de militares que se declararon en “desobediencia legítima”, se mantenía permanente cubierta por cámaras de televisión. Es así como la teleaudiencia se encontró repentinamente observando en vivo y directo la “masacre” ocurrida en la plaza donde tres personas murieron y un número de heridos quedaron a manos de un sujeto acusado de seguir supuestamente órdenes “asesinas” de parte de grupos de comando oficialista.

Un show mediático derivó de lo que se llamó “los partes de guerra” emitidos por los voceros de la Coordinadora Democrática y transmitidos todas las tardes por varios canales de televisión para informar los avances y logros del paro. Por ejemplo, unas veces se anunciaba la incorporación de nuevos grupos o asociaciones a la huelga. Otras veces se detallaba la progresiva paralización de la industria petrolera y de los buques de la Marina Mercante encargados de transportar el petróleo. Estos últimos, de paso, portaban nombres de reinas de belleza venezolanas que habían triunfado en concursos internacionales. Allí estaban representados el petróleo y los nombres de reinas de belleza, que han sido dos de las grandes producciones que han caracterizado al país. Emblemático fue el primero de estos buques en sumarse al paro: el *Pilín León*⁸. Este buque varado en alta mar, inmóvil, representaba un icono de triunfo para los convocadores del paro petrolero. Su tripulación fue televisada de forma tal que fue percibida como heroica en los momentos cruciales que debieron resistir la toma militar del buque, para sufrir luego su desalojo y ser reemplazada por otra tripulación, impuesta por las fuerzas que acompañaban a Chávez y supuestamente incapaz de moverlo. Hasta que el buque fue visto desplazándose por las aguas, lo cual dio clara señales que el paro petrolero comenzaba a perder fuerza. Las noticias sobre la carestía de gasolina y alimentos también formaban parte de la gesta de resistencia pasiva de la “ciudadanía” sumada voluntariamente al paro, mientras que las penurias que también debieron pasar aquellos que no estaban con el paro no formaba parte del relato contado por los medios de comunicación. Los diarios mostraban en sus primeras páginas numerosas banderas nacionales ondeantes que portaban los marchistas, o escenas pavorosas cuando el terror se volvía amenazante por la presencia de las “bandas armadas” oficialistas o de la Guardia Nacional con sus gases lacrimógenos, escopetas con perdigones y uso de la fuerza. Transcurrieron dos meses sin que las estaciones de televisión y

radio privadas transmitieran comerciales ni programación de entretenimiento. El esparcimiento era la resistencia –televisada– de la oposición, la cual era amenizada, en ocasiones, con la participación de figuras de la farándula. Las intervenciones de la Mesa de Negociación y Acuerdos, la incertidumbre, el terror y el dolor por la sangre derramada también eran transmitidos por los medios de comunicación, hasta que finalmente la resistencia, en forma de paro activo, tuvo que volver a la cotidianidad. Una cotidianidad que de repente despertó empobrecida, con negocios sumidos en la quiebra y fábricas por cerrar. El gobierno decretó el control de cambio, y el presidente anunció que no habría divisas para los golpistas.

Concluido el paro cívico nacional, y apenas parcial y precariamente recuperado el país, el gobierno ha ido delineando un programa de acción dirigido a mostrar sus logros en otro show mediático. Chávez se autoerigió en el líder de una revolución latinoamericana anti-globalizadora. Consciente de la importancia del apoyo de los medios, encadena todas las televisoras y estaciones de radio nacionales para mostrarse liderando grupos y movimientos en Brasil, en la Argentina... De esta forma, el gobierno revolucionario de Chávez se inserta en prácticas llamadas anti-globalizadoras, con un discurso anti-neoliberal, pero que en la realidad operan dentro de otro marco globalizador. Es decir, forman parte de una globalización de interrelaciones a escala planetaria de actores sociales. Globalización, en este contexto, trasciende los sentidos reduccionistas que la limitan a las políticas económicas neoliberales, de libre comercio, o al alcance global de los medios de comunicación. Estas prácticas activistas que se oponen a las hegemonías establecidas, en realidad, forman parte de las transformaciones sociales en los tiempos de globalización, y participan de los circuitos globalizadores, muchas veces con una carga de confrontación, por lo que tienen que recurrir a denominarse con la palabra “anti” para ejercer espacios de poder contra-hegemónicos (Mato, 2003: 14).

La poderosa hegemonía del dominio estadounidense ejercido sobre Irak ante los numerosos ojos atónitos del resto del mundo ha conferido un basa-

8 Pilín León es una de las destacadas Miss Venezuela que han triunfado en los concursos de belleza universales y mundiales. El buque que llevaba su nombre fue rebautizado posteriormente con el nombre de Negra Matea, conocida en la historia apócrifa bolivariana como una de las nodrizas de Bolívar. Su representación en el imaginario popular es el de una mujer corpulenta, de caderas anchas, busto voluminoso, gorda, con su pañuelo enrollado alrededor de la cabeza a la manera antillana. Este gesto no sólo asciende a una mujer de color a un sitial propio de una reina de belleza, sino que desmitifica el culto mismo a la belleza. Es un gesto que degrada al estereotipo de mujer venezolana creado por los medios de comunicación y lo hace desaparecer, para postular una visión totalmente diferente de mujer venezolana: la esclava nodriza negra que amamantó al Libertador. Se trata de un gesto que degrada un icono para elevar otro como propuesta de modelaje.

mento a Chávez para reafirmar una posición de defensa de la soberanía nacional, así como también para enfrentar al gobierno de Bush y sus aliados. De esta forma, el discurso confrontador de Chávez ha tomado dimensiones globales. Antes de que emitiera sus ataques verbales condenando la guerra de Irak, ya Chávez había calificado como “terrorismo” los bombardeos en Afganistán, mostrando por televisión una foto de niños, víctimas, destrozados por las bombas americanas. En este sentido, la situación actual en Venezuela debe ser analizada en el contexto de transformaciones y conflictos globales. La defensa de la soberanía nacional a la que alude Chávez la inserta en el contexto de confrontaciones que trascienden lo nacional local, y con un tono que resucita fantasmas de la Guerra Fría por un lado veta la ingerencia americana en su país, a la vez que exalta la presencia cubana como la de un aliado revolucionario.

Por televisión en cadena se ve a diario cómo la revolución avanza a “marcha de vencedores” en el interior de la nación. El gobierno cuenta con el monopolio del canal televisivo del Estado, y para obligar a los canales privados a informar a su manera recurre a la estrategia de encadenar todas las estaciones televisivas y de radio. De esta manera, difunde ya sea la apertura de cada programa nuevo de gobierno que pone en marcha, o los logros de los recién iniciados. Desde que Chávez se encargó de la presidencia en 1999 hasta el momento (fines de septiembre de 2003), lleva 500 horas acumuladas de cadena informativa, que equivalen a unos veinte días. De esta forma, argumenta Chávez, compensa la campaña desinformativa en torno a su persona y gobierno. Las radios alternativas que cada día surgen y se incrementan en número, con el apoyo económico del gobierno, son otros caminos de divulgación de la revolución y sus logros.

Se ha cumplido también el plazo para activar el Referéndum Revocatorio al mandato de Chávez, que es la única salida constitucional que le queda a la oposición, la cual dice contar con la voluntad de una contundente mayoría. Son muchos los vacíos legales creados por la nueva constitución que tienen que ser resueltos en el Tribunal Supremo de Justicia, parcialmente controlado por el oficialismo. La ley que normará el referéndum apenas acaba de ser discutida y decretada en el seno del directorio del Consejo Nacional Electoral en medio de una gran discusión de parte de ambos lados, sospechosos cada uno del otro, tratando cada uno de imponer sus puntos de vista.

UNA ALTERIDAD MIMÉTICA

Si revisamos los discursos que cada bando enuncia para acusar al Otro, observamos que la diferencia se diluye en la semejanza, confundiendo el *Self* y el Otro en la imitación. Michael Taussig (1993) señala la importancia de los componentes históricos y culturales que impregnan la facultad mimética. Profundiza igualmente el camino abierto por Adorno y Horkheimer, al demostrar cómo la historia de la mimesis está profundamente vinculada con el colonialismo euroamericano, en cuanto a la relación vivida y sensorialmente experimentada por el proceso civilizatorio tratando de someter a la barbarie. La mimesis, en este sentido, es la absurda historia de cómo se ha pretendido civilizar al temido Otro, sometiéndolo. Si en tiempos pasados la imitación significaba protección, pues los *chamanes* se protegían del peligro mediante máscaras o imágenes que imitaban al peligro mismo, hoy en día, una mirada culturalista le otorga a la imitación un sentido de realismo, pues entre mimesis y alteridad se crean continuidades más que diferencias, en consecuencia, en la imitación del Otro, según la prácticas del pensamiento occidental, se evidencia una presencia reprimida, que la misma razón ilustrada no ha podido erradicar. La imitación (mimesis) conlleva una fuerza escondida, reprimida, destructiva (Taussig, 1993). Esta fuerza aniquiladora merece una reflexión crítica cuando se observa interactuando en la palestra política entre grupos confrontados, como se observa en el caso venezolano. Dos grupos confrontados, tratando de demarcar las diferencias que lo separan del temido Otro, pero en el fondo, mediante el ejercicio de la mimesis, continúa la práctica de la exclusión y aniquilación del Otro.

El lenguaje, los gestos, el tono y la vehemencia con que cada grupo se expresa, reflejan no sólo una sociedad dividida sino también una incapacidad de reconocer al Otro con sus diferencias. Ambos grupos demuestran estar sumidos en un comportamiento de psicología de masas⁹. Pero una masa escindida que se agrupa en torno a un líder: unos para amarlo, otros para odiarlo. La consigna de adhesión vocifera un “no pasarán”, la de repudio “ni un paso atrás”. El gesto de adhesión: un brazo que se alza con la palma abierta para recibir el golpe del puño, proveniente del otro brazo que también se alza para chocarla. Este ademán violento tiene su respuesta en el braceo que el bando opositor gesticula como forma de identificación en sus marchas y reuniones: un brazo que se alza, con un dedo desplegado acompañado del grito “fuera”, que funciona como una suerte de anhelo exorcista que aspira sacar los demonios que la poseen. Es una suerte de rechazo de la sombra que lo posesiona.

El miedo no está ausente en ninguno de los bandos enfrentados. El lenguaje divisionista del presidente Chávez, basado en un discurso de confrontación social, ha aglutinado a su alrededor mayoritariamente a las clases más desposeídas. Quien no está con su revolución es tildado de “oligarca” o “escuálido”, como en un comienzo llamó a sus oponentes por lo reducido del número de sus adversarios, mientras que la clase media, profesional, y la élite, se han aglutinado principalmente en la oposición. De esta forma, el discurso clasificatorio del líder, tan amado como rechazado, ha ido constituyendo dos bandos socialmente discrepantes.

La realidad es más compleja. Ambos grupos son de composición social heterogénea. El grupo opositor capta gente de los sectores populares, mientras que el oficialista se esmera en atraer a y demostrar la presencia de una clase media “en positivo”, para lo cual ha creado precisamente una organización -o movimiento- llamada “Clase Media en Positivo”. Con la presencia de ésta realza su imagen, mostrándola por la televisión a la vez que anuncia o explica planes de gobierno dirigidos a los sectores populares excluidos y muestra el fomento de una política de desarrollo endógeno que se opone al modelo neoliberal. Por ejemplo, el banco del pueblo, el banco de la mujer, el plan alfabetizador, y el de salud, llamado “Barrio adentro”, que como se desprende de su nombre se ejecuta más allá de los límites reconocidos de la pobreza, pues la palabra “barrio” se refiere a aquellas áreas urbanas pobladas por sectores de escasos recursos económicos que forman enclaves o cinturones de pobreza alrededor de las ciudades.

De esta forma, las clases sociales, si se nos permite usar el término, se han convertido en un capital político. La oposición se esmera en visibilizar la presencia y adhesión de sectores populares a su lado, para demostrar cómo gana terreno día a día y se hace cada vez más representativa y multitudinaria. Mientras que Chávez se constituye en escenario de popularidad que incluye a todos, muestra a una clase media emergente, se autoerige líder de un proyecto multipolar y de integración latinoamericana, apelando al ideario de Bolívar.

Los medios de comunicación que representan a la voz opositora revelan, mediante cifras porcentuales, un supuesto descenso de popularidad del líder, particularmente en los sectores sociales de menores ingresos. El gobierno de Chávez, por su parte, después del paro organizado por las fuerzas de la oposición, que incluyó a la industria petrolera, ha logrado una recuperación económica que le ha permitido poner en escena un plan de gobierno tildado de

9 El fenómeno de los comportamientos y psicología de las masas lo aborda Freud (1977).

“populista” e “irreal” por los adversarios, pero cuyos efectos verdaderos en el largo alcance están aún por medirse. Ciertamente dejarán su huella en cuanto al reconocimiento e inclusión de los sectores sociales reconocidos por su gestión.

No obstante la supuesta incorporación de los sectores populares al interior del grupo opositor, no desaparece el miedo que los más desposeídos le producen. Es un miedo al Otro “bárbaro”, tal como cultural e históricamente la lógica y razón occidentalizada de la población de mayores recursos económicos ha construido al otro “desclasado”.

En el contexto de esta percepción, ese Otro “bárbaro” asociado al *lumpen* es visualizado como una amenaza que en cualquier momento puede asaltar las casas y residencias de los más favorecidos, bajo el ojo complaciente de las fuerzas encargadas de mantener el orden público, obedeciendo el mandato de las autoridades actuales del gobierno. En esta especie de terror colectivo, los grupos vecinales de las zonas residenciales diseñaron estrategias de autodefensa, que en algunos sectores de la ciudad de Caracas incluyó el levantamiento de barricadas y alambradas de púas. Reporta un diario de circulación nacional que “en Caracas los vecinos se preparan para una batalla campal. (...) En gran parte de las urbanizaciones, especialmente del este de la ciudad, se han organizado planes de contingencia más propios de una guerra que para atender una emergencia real. Las propuestas van desde inventariar las armas que existen hasta echar aceite caliente en las escaleras. Muchas iglesias se han acondicionado como hospitales de campaña. Los expertos advierten que algunas medidas pueden atentar contra la seguridad de la comunidad. (...) algunas personas colocaron piedras en las azoteas para lanzarlas y a otros se les indica que lancen agua hirviendo por las ventanas ante la entrada de ‘gente rara’ (*El Nacional*, 2003[c]). El solo hecho de poder parecerse a un estereotipo de “gente rara” pone en peligro la vida de una persona que se acerque al lugar. Ciertamente el miedo invade la conciencia de colectividades, y en ese estadio la razón y la lógica funcionan bajo los impulsos de la defensa irracional.

Pero el miedo a la posibilidad de que “corra sangre” no es exclusivo de los sectores medios y altos, pues si algún conglomerado ha visto correr sangre es precisamente el popular, que recibió los peores embates en oportunidad de la revuelta popular en 1989 que, como se señaló al comienzo de este trabajo, recibió el nombre de “Caracazo” o “Sacudón”. La sangre, sin embargo, no ha parado de correr, pues son los sectores populares los que se desangran diariamente, en especial los fines de semana, cuando la delincuencia y sus enfrentamientos de bandas cobran mayor número de vidas.

Caos es lo que mayoritariamente reina en las zonas populares de Caracas, con el agravante de no contar con la protección de la policía civil metropolitana, que ha sido intervenida por orden del gobierno central y la que se le ha incautado el armamento bajo el alegato de que éste constituye armas potentes de guerra. Hay que aclarar al lector que el Alcalde Mayor¹⁰, de quien depende este cuerpo policial que protege a la ciudad, está alineado con la oposición. Al razonamiento del oficialismo le sale al paso el jefe de la policía con los argumentos de que sólo con armamento pesado pueden ellos hacer frente a una delincuencia apertrechada de armas largas, que tiene su residencia fundamentalmente en los barrios populares.

El miedo también invade al presidente Chávez y sus seguidores, quienes ya experimentaron una polémica separación del poder. Todavía hoy en día para algunos es asunto de discusión si se trató de un golpe de estado o de un vacío de poder. Pues el ministro de Defensa, uno de los voceros más calificados y de alto rango, le anunció al país que se le había solicitado la renuncia al Presidente, la cual había aceptado¹¹.

Una vez vuelto Chávez al poder, la posibilidad que se repita otro “golpe” causa aprehensión. Acercarse a las inmediaciones del palacio de gobierno significa toparse con tanques de guerra, alambradas, barricadas de protección y un número significativo de soldados armados. Tampoco el brevísimo período de gobierno -que puso en la presidencia al empresario Carmona para que sucediera al Chávez depuesto- permite figurarse una sobrevivencia pacífica para Chávez y sus seguidores una vez fuera del poder, pues las persecuciones (televisadas) que ocurrieron en esas breves horas buscando y apresando a los personajes del gobierno más detestados por la oposición dibujan un panorama poco pacífico para el oficialismo una vez fuera del poder.

Aunque el gobierno se ufana de la libertad de expresión y de la ausencia de presos políticos, sin embargo, en momentos de crisis, los periodistas tuvieron y tienen que salir a la calle con chalecos antibalas, cascos y máscaras antigases para protegerse de las agresiones a las que a menudo fueron y son sometidos tanto por la Guardia Nacional como por los grupos de choque (civiles armados) que cuentan con la protección del gobierno para que defiendan su revolución. Esto fue especialmente visible en los momentos agudos de confrontación en la calle, en particular durante los meses del “paro cívico nacio-

10 El Alcalde Mayor llegó a la Alcaldía Mayor con el apoyo de Chávez y el voto de sus seguidores. Con el transcurrir del tiempo pasó a formar parte de los grupos que se han ido deslindando del líder.

11 Este argumento no debe dejar de lado que la forma en que el empresario Carmona se autojuramentó, destituyó y desconoció todo el poder constituido, significaba en ese mismo momento un golpe de estado.

nal” o “paro golpista”. La televisión y los diarios, si bien son acusados por el gobierno de terroristas y de estar llevando a cabo un golpe mediático, por otro lado son tenidos por la audiencia opositora al régimen como los ojos que dejan testimonio y permiten conocer los desafueros.

Basta mirar, por ejemplo, la primera página del diario *El Universal* (2003[c]). Bajo el cintillo “Emboscada en el Tuy. Un muerto y más de 30 heridos por violencia desatada contra la marcha de la Coordinadora Democrática”, se acusa allí a la policía municipal de Charallave de disparar contra los manifestantes, y se observa una fotografía a colores donde se ve un grupo numeroso de hombres cuyos rostros y ropas se asocian con habitantes de los sectores populares. Congregados, sus gestos y postura corporal revelan una actitud aguerrida: ésa que tanto pánico causa en los sectores sociales medios y refuerza la imagen del Otro “bárbaro”. Uno de ellos porta un arma de fuego, y el resto, piedras, botellas y palos o bastones. En otra foto que enseña al mismo grupo se observa un número mayor de armas en posición de disparar. El grupo no está solo, ahora cuenta con la compañía de un soldado y dos policías que también apuntan sus armas al lente del fotógrafo, que transfiere la acción al observador de la foto, esto es, el lector del periódico. De esta forma el lente del fotógrafo transforma al lector del periódico en observador de una foto que reporta a sujetos peligrosos que lo amenazan con sus armas.

La crónica que acompaña esta noticia explica que “El caos, la anarquía y la violencia se apoderaron de Charallave. (...) Aquí los ‘defensores de la revolución’, con piedras, palos y botellas con gasolina en mano, obligaban a los conductores a detenerse (...) Este control tenía por objeto evitar que los periodistas y trabajadores de los medios de comunicación social –en especial los televisivos– pudiesen acercarse hacia la redoma de Santa Rosa, donde los opositores estaban siendo agredidos”. Por su parte, la alcaldesa de Charallave declaró “la oposición tiene que entender que los Valles del Tuy en su mayoría son afectos al proyecto democrático de Hugo Chávez... cuando ven a la oposición en la calle, pues ellos se vuelcan también”. Negó las acusaciones hechas en contra de su policía y denunció que “los agentes simplemente respondieron a disparos venidos en su contra” (2003[c]). De esta forma, la oposición, aparente blanco de los disparos, se transforma en sospechosa de haberlos iniciado.

En medio de esta guerra de información y desinformación, de verdades que atacan y verdades que contraatacan, se encuentra el ciudadano común, casi incapacitado de construir su verdad a menos que se apegue devotamente al parte de uno de los bandos. Se trata, pues, de una población aterrada y

debilitada por un exceso de información, que se mueve con las reglas de juego propias de un campo de batalla. La noción de democracia se hace sospechosa, pues ambos bandos abogan por ella. Sin embargo, las imágenes están allí, imborrables, revelando una parte de la verdad. La historia concluye como otras tantas, no hay seguimiento ni investigación sobre los hechos. La impunidad es la única que se sale con la suya.

Es así como el espacio público se ha ido transformando en un escenario de guerra: un escenario puesto allí para prevenir, para repeler, para protegerse de los demonios que se han desatado a partir de tantos años de inequidad. Ambos grupos se acusan mutuamente de fascistas. La teoría de la conspiración, manejada principalmente por el gobierno contra los convocantes del paro cívico nacional, permite al gobierno justificar el ejercicio de la fuerza. La dirigencia política y civil del paro, incluida allí la nómina mayor y ejecutiva de la industria petrolera, es acusada por el gobierno de “terrorista y sabotadora” al poner en jaque la Seguridad Nacional, por tratarse de la industria más importante del Estado. La respuesta del gobierno ante este hecho, en consecuencia, respondió a una situación de guerra. Las instalaciones petroleras fueron militarizadas y se incorporó nuevo personal, inclusive contratado en el extranjero. Mientras tanto, la “gente de petróleo” pasó a incrementar con dieciséis mil personas las altas cifras de desempleo. Bajo la denominación “gente de petróleo” se núcleo, como organización de la sociedad civil, un grupo numeroso de trabajadores de la petrolera estatal que fue involucrándose en actividades de protesta social con matices políticos cada vez más claros; a raíz de su protagonismo en el paro petrolero de diciembre de 2002, estos trabajadores fueron despedidos de sus trabajos. De haber sido el grupo profesional y trabajador que contaba con las mejores remuneraciones por responder a una trayectoria profesional y laboral basada en la excelencia, pasó a ocupar el espacio del vacío, como los grandes perdedores de la contienda. Esta acusación contundente de “terroristas y sabotadores” merece una reflexión, pues un acto de coerción realizado por la oposición en nombre de la desobediencia civil, en el contexto de una inmensa capacidad de resistencia demostrada por parte de ambos lados, que propició que la situación de parálisis del país se prolongara por inmensos dos meses, dejó a la economía del país exhausta y a la industria petrolera en un precario estado.

Ciertamente la seguridad nacional fue desestabilizada, al igual que la seguridad alimentaria. Esa conducta, percibida como “terrorista” para unos, “heroica” y de “sacrificio” para otros, condujo a radicalizar el conflicto. Y en medio del terrorismo o del sacrificio se causó un daño patrimonial irreversible al país, particularmente en lo referido a la industria petrolera.

El manejo de una teoría de la conspiración y otra de la desobediencia civil dicotomiza el entorno, entablando una disputa por la verdad, a la vez que cada grupo mistifica el conflicto existente. Si el gobierno cuenta con el monopolio de las armas, la oposición tiene el respaldo de los medios de comunicación y éstos encarnan a la oposición misma. La televisión es percibida como los ojos que muestran los intersticios oscuros de lo que se esconde detrás de la máscara democrática del régimen de Chávez, calificado de autoritario por mantener secuestrados bajo su mando los poderes públicos. Chávez, por el contrario, acusa a los medios de “golpismo mediático”.

La noción de “terrorismo”, puesta en vigencia por el presidente Bush a partir de los sucesos del 11 de septiembre en el contexto de una confrontación que tiene un escenario global, se ha convertido en el escenario local venezolano en un concepto eficaz para que dos bandos enfrentados se acusen mutuamente, así como también en un móvil para actuar en defensa propia y en una estrategia de coerción. Por la fuerza de la costumbre, se hace más visible el terrorismo que se deriva del uso de las armas que aquel que deviene de un paro nacional que afectó al patrimonio de la industria petrolera de la nación. En torno a la idea de nación no hay ambigüedad sino contradicción. En ella no hay unificación de colectivos sino sentimientos encontrados. La comunión nacional no es única, las solidaridades creadas giran alrededor de signos y símbolos multivocálicos, que generan significados diferentes, irreconciliables y segregacionistas, a diferencia de otros signos multivocálicos donde cada individuo se siente reflejado en el contexto de la solidaridad social.

Los sujetos y las subjetividades que se construyen en torno a “sociedad civil” y “revolucionario bolivariano” proyectan las ansiedades que causan ese Otro no reconocido. Ubicados ambos grupos en el contexto de la lucha por los espacios del poder, el no reconocimiento del Otro y su consecuente exclusión ubican el conflicto en el escenario de la violencia y de los opuestos irreconciliables, donde el que le pega al otro clama haber sido agredido.

El conflicto venezolano trasciende lo local nacional. Las prácticas y luchas por los espacios de poder se insertan en el contexto de confrontaciones globales¹². Chávez y el grupo oficialista que lo apoya se apropian del discurso anti-terrorista puesto en circulación por Bush después del 11 de septiembre, para invertirlo. La especularidad del discurso de Chávez, en este contexto, se

12 La redacción definitiva de este trabajo se enriqueció con los comentarios pertinentes que Daniel Mato le hiciera al texto provisional. Para mayores referencias al tema de las transformaciones sociales en tiempos de globalización, además de las referencias bibliográficas citadas de este autor, véase en Internet <www.globalcult.org.ve>.

da en una relación doble con el discurso puesto en vigencia por Bush. Por un lado deslegitima la hegemonía de lo que Chávez llama imperialismo neoliberal, representado por Bush y su política, a la vez que deslegitima al grupo opositor a nivel nacional, que para enfrentar a Chávez mismo se ha agrupado bajo la denominación de “sociedad civil”.

BIBLIOGRAFÍA

- Aghulhon, Maurice 1985 “Politics, Images, and Symbols in Post-Revolutionary France” en Sean Wilentz (ed.) *Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press).
- Bourdieu, Pierre 1999 *Language and Symbolic Power* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press).
- Bourdieu, Pierre 1998 *Acts of Resistance against the Tyranny of the Market* (New York: The New Press).
- Carrera Damas, Germán 1973 *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de las ideas en Venezuela* (Caracas, Universidad Central de Venezuela: Ediciones de la Biblioteca).
- Coronil, Fernando y Skurski, Julie 1991 “Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela” en *Comparative Studies in Societies and History*, Vol. 33, Nº 2.
- Darnton, Robert 1985 *The Great Cat Massacre and other episodes in French cultural history* (New York: Vintage Books).
- El Nacional* 2002[a] (Caracas), 7 de diciembre, p. B/3, p. B/6.
- El Nacional* 2003[b] (Caracas), 20 de enero, p. A/6.
- El Nacional* 2003[c] (Caracas), 26 de enero, p. A/4.
- El Nacional* 2003[d] (Caracas), 12 de abril, p. A/1.
- El Universal* 2000[a] (Caracas), 30 de agosto.
- El Universal* 2002[b] (Caracas), 6 de diciembre, p. 1/5.
- El Universal* 2003[c] (Caracas), 21 de enero, p. 1/1, 1/2.
- El Universal* 2003[d] (Caracas), 12 de abril, p. 1/1.
- El Universal* 2003[e] (Caracas), 19 de septiembre, p. 2/4.
- El Universal* 2003[f] (Caracas), 20 de septiembre, p. 2/24.
- Freud, Sigmund 1977 *Psicología de las masas* (Madrid: Alianza Editorial).
- Garrido, Alberto 2000 *La historia secreta de la revolución bolivariana* (Mérida: Editorial Venezolana).

- Jelin, Elizabeth 2002 *Los trabajos de la memoria* (Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores).
- Kertzer, David 1988 *Ritual, Politics and Power* (New Haven and London: Yale University Press).
- Laplantine, Francois 1977 *Mesianismo, posesión y utopía: las tres voces de la imaginación de la colectiva* (Barcelona: Gedisa Editorial).
- Lopez Maya, Margarita 2000 “¿Se rompieron las fuentes! La política está en la calle” en Baptista Asrúbal (ed.) *Venezuela Siglo XX. Visiones y Testimonios* (Caracas: Fundación Polar).
- Mato Daniel 2001 “Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización” en Daniel Mato (comp.) *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Mato Daniel 2003 “Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización” en Daniel Mato (ed.) *Políticas de Identidades y Diferencias Sociales en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela-Faces).
- Salas de Lecuna, Yolanda 1987 *Bolívar y La historia en la Conciencia Popular*. (Caracas: Universidad Simón Bolívar -Instituto de Altos Estudios de América Latina).
- Salas, Yolanda 1996 “Las desarticulaciones de una modernización en crisis: revueltas populares y la emergencia del caudillismo en Venezuela” en *Montalbán* (Caracas: Universidad Católica Andrés Bello), N° 29.
- Salas, Yolanda 1998 “Nuevas religiosidades en el estudio de la memoria colectiva” en *Venezuela: Tradición en la Modernidad. Primer Simposio sobre Cultura Popular* (Caracas: Equinocio Ediciones de la Universidad Simón Bolívar y Fundación Bigott).
- Salas, Yolanda 2000 “Imaginario y narrativas de la violencia carcelaria” en Susana Rotker (ed.) *Ciudadanías del miedo* (Caracas: Nueva Sociedad y Rutgers).
- Salas, Yolanda 2001 “La dramatización social y política del imaginario popular: el fenómeno del bolivarismo en Venezuela” en Daniel Mato (comp.) *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Taussig, Michael 1992 *Mimesis and Alterity. A particular History of the Senses* (London: Routledge).